

Pablo Aranda

UNA HISTORIA DE AMOR



ediciones
del Genal

ediciones del Genal

© Textos *Pablo Aranda Ruiz*

© Imagen cubierta *Rafael Pérez Estrada y derechohabientes.*

Cedida por Fundación Rafael Pérez Estrada

Autor: *Pablo Aranda*

Título: *Una historia de amor*

Dirige la colección: *Mmanuel Francisco Reina*

Promueven: *Ayuntamiento de Málaga y*

Empresa Malagueña de Transportes (EMT)

Diseño y maquetación: *Nuria Ogalla Camacho*

Edita: *Promotora Cultural Malagueña*

Coordina: *Ediciones del Genal*

Colabora: *Librerías Proteo y Prometeo*

Depósito legal: *MA-597-2020*

ISBN: *978-84-17974-76-3*

Málaga 2020

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de Ediciones del Genal.

Marit va a cumplir 50 años porque yo también estoy a punto de cumplirlos y en el verano de 1988, cuando yo acababa de cumplir 20, ella también acababa de cumplirlos. Los domingos no íbamos a la playa, porque los domingos no se va a la playa, tanta gente, las sombrillas y las voces, pero aquel domingo Pedro me propuso ir y dije bueno. Entre las familias numerosas descubrimos un oasis de jóvenes extranjeras y extendimos las toallas junto a ellas. Yo creía que Pedro iba a contarme alguna intimidad y me preguntaba de qué se trataría, pero Pedro no decía nada y yo me callaba para dejar espacio a su confesión y lo miraba buscando algún gesto extraño que no hallé y me decía que tal vez simplemente le habían entrado ganas de ir a la playa aunque fuera domingo. Las extranjeras eran cuatro y nosotros dos éramos sólo dos. Parecían contentas y no lográbamos adivinar qué idioma hablaban. El pelo clarísimo nos hizo pensar en un idioma nórdico, también nos hizo pensar en un idioma nórdico haber descartado inglés, francés, alemán e italiano, tampoco holandés del que no entendíamos una sola palabra pero distinguíamos el fuerte acento, ni portugués porque las portuguesas no

eran rubias. Era una lengua musical y mientras esperaba lo que fuese a contarme Pedro me imaginé saliendo con tres de las cuatro, no a la vez sino que me imaginaba que iba a visitar a una a su país y luego me imaginaba visitando a otra, pero las imágenes me resultaban confusas porque deseaba escuchar la confesión de Pedro y además no sabía en qué país visitarlas. Tampoco sabía si visitarlas enseguida, al mes siguiente de que hubiesen vuelto a su país, o años después, cuando desconocía el aspecto que yo tendría. Mi aspecto 30 años después es el que tengo ahora, pero entonces no lo sabía.

Mi cumpleaños había sido hacía muy poco y cuando cantaron el cumpleaños feliz en su bella lengua extraña Pedro dijo que me cantaban a mí y solté una carcajada y una de ellas, la del biquini naranja, se volvió a mirarme y le dije gracias.

—¿Gracias por qué? —me preguntó en español.

—Acabo de cumplir 20 años —respondí sonriendo.

—Yo los cumplo hoy.

Tenía una mirada rara y nos fuimos los seis juntos al agua. Le señalé la sombra violácea de una montaña africana pero no logró verla y me dijo que se llamaba Marit y era de Noruega. Me imaginé caminando por las calles de Oslo cogido de la mano de Marit, pero Noruega comienza por no y desordenando las palabras de Oslo llegué a solo, lo cual constituía un mal presagio

que sin embargo no me desanimó. Nos invitaron a una fiesta esa noche y nosotros avisaríamos a Isidro y los otros y llevaríamos cerveza. Al despedirnos noté reflejos en su ojo dorado, como en la novela de Carson McCullers que aún no había leído, y me entraron unas ganas terribles de besarla.

—Me gustan mucho tus ojos —logré decirle.

—En realidad sólo es mío el izquierdo —dijo ella, y yo atribuí lo enigmático de su respuesta a su mal español, que no era malo en realidad, aunque tampoco muy bueno.

En el camino de vuelta Pedro me contó algo, tal vez eso tan importante que le había hecho quedar conmigo para ir a la playa en domingo, pero yo no le escuchaba. Él hablaba y hablaba y yo me decía que en navidades vendría a visitar a mi padre y a mi madre, en las navidades futuras, cuando yo ya estuviese viviendo con Marit en un pequeño apartamento de un edificio antiguo sin ascensor en el centro de Oslo. No supe apreciar el mal presagio de que el edificio careciera de ascensor.

2

Ya apenas quedan videoclubes pero en la calle donde habito hay uno. Mi calle no está en el centro de Oslo

sino cerca del centro de Málaga, el último piso de un edificio antiguo, pero con ascensor, aunque a veces se avería y debo subir andando. Igual que todas las semanas compro un lápiz en una papelería atendida por un ruso, porque me cae bien y me da un poco de lástima y no quiero que cierre la papelería y por eso compro un lápiz a la semana, a veces alquilo una película en el videoclub, para que cuando cierre no sea por mi culpa. Una tarde esperaba que me atendiese el hombre del pelo largo del videoclub y un joven muy alto le decía que el cine español es una mierda y el hombre del pelo largo le dijo mira, él va a alquilar una película española, y el otro se volvió y miró la carátula que yo sostenía en la mano y después me miró a la cara y me habría encantado ser alto y delgado, como tu padre, moreno, salado, y decirle qué miras, hijoputa, pero tengo la altura que tengo, no es que sea bajo sino normal, y además siempre he tratado de evitar las peleas, y desvié la mirada.

—Seguro que es de la guerra civil —soltó el joven alto con tono despectivo.

—Anacleto, agente secreto —murmuré, aunque hubiese preferido no decir nada.

El ascensor funcionaba, así que llegué muy rápido a mi casa. La película me resultó muy divertida hasta casi el final, cuando a la directora de un colegio en el que hay fantasmas, a ver, en la película no hay ningún

colegio, pero es la misma actriz de otra película donde hay un colegio con fantasmas, le clavan algo en un ojo y lo pierde, claro, la pobre. La actriz se llama Alexandra Jiménez, casi como Alejandro Jiménez, un compañero de mi colegio donde sí que había fantasmas, que tenía gafas y le decían cuatro ojos, cuando Alexandra Jiménez, que se llamaba casi como él, sólo tenía uno. Cinco ojos entre los dos. Pero la película dejó de hacerme gracia porque la macabra secuencia me hizo acordarme de Merit, la noruega de hacía 30 años, que era tuerta, como Alexandra Jiménez, y no pude evitar echarme a llorar con mis dos ojos marrones, aunque tienen vetas verdes, como los valles, vaya. Yo no es que sea muy llorón, pero a veces lloro, y como vivo solo pues no me importa, aunque sin acompañar el llanto con ruido, porque entonces mi perro se pone nervioso y me mira como si yo fuese otro, pero yo soy yo, con mis circunstancias, que incluyen a Miércoles, mi perro.

3

Si el cine español es una mierda, que no lo es, el verano de 1988 ni te cuento. Yo hacía como el que me lo pasaba muy bien, y a veces disfrutaba, por supuesto, y hacía deporte y tenía melenas con vetas rubias, como

los valles de hayas, vaya, y trabajaba algunas horas, iba mucho a la playa y practicaba inglés con estudiantes de español. Pero Merit salía con Pedro. Cuando me dijo que se habían besado no me lo pude creer, tío, no te lo vas a creer, me he enrollado con la tuerta, dijo. Me molestó que llamase a Merit la tuerta, porque era tuerta pero no la tuerta, eso era sólo una circunstancia, como Miércoles, mi perro, sería años después una circunstancia mía, y después me pareció que iba a contarme detalladamente su primer encuentro íntimo y cambié de tema para evitarlo y él todavía añadió que es que le encantaban las suecas.

—Pero si Merit es noruega —dije.

—Es lo mismo —dijo él.

Por la noche daba vueltas en mi cama, preguntándome como Dios, o Thor, o quien fuese, permitía que una noruega de dos ojos bellísimos, aunque sólo uno fuese biológico, con esa sonrisa y ese acento, esa dulzura, podía salir con un tipo que consideraba lo mismo ser noruega que sueca y que se refería a ella aludiendo a lo que no tenía, un ojo, que en realidad sí tenía, aunque no fuera biológico, como quien tiene un hijo adoptado y es igual de hijo que un hijo biológico, o incluso más, pues es elegido, pero Merit no tenía un hijo adoptado sino un ojo adoptado mientras yo daba vueltas en mi cama y lloraba, en cierta manera tuerto, pues me faltaba

una mitad, Merit, ¿qué haces con Pedro si quien iría a visitarte a Oslo soy yo?, y las noches se me hacían largas y por la mañana me levantaba cansado, pero acababa de cumplir 20 años y con esa edad uno se repone enseguida, a lo mejor no enseguida enseguida, pero casi. Ahora, a punto de cumplir 50, me levanto aunque me haya acostado tarde, pero me cuesta, y cuando por fin me pongo de pie Miércoles me mira raro, como reprochándome mi lentitud o que me acostase a deshoras.

Una tarde, cuando salíamos todos de la playa, me dijo Merit que Pedro le había dicho que yo estudiaba inglés y árabe y que si yo quería podíamos quedar para conversar media hora en un idioma y media hora en otro.

—¿En inglés y en árabe?

Ella se rió y yo sonreí con media boca, así como sonrío ahora, como con cierta amargura pero no es eso, es sólo que yo sonrío así, y yo temí que notase en esas conversaciones que estaba perdidamente enamorado de ella, tan perdidamente que después de las conversaciones me costaba encontrar el camino de vuelta a la realidad objetiva, necesitaba un guía del desfiladero, como en aquella película noruega que vimos ese año en el cineclub, en versión original subtitulada y que no he vuelto a ver para no aprender noruego, porque teniendo a aprender rápido, y si yo fuera pareja de Merit me

esforzaría por hablar perfectamente noruego, no como Pedro, que su único esfuerzo fue preguntarle la primera noche cómo se decía *polla* en noruego, si sería imbécil, pero ella se rió y a lo mejor es que ella también era un poco imbécil, pero claro, decirlo ahora, casi 30 años después, es muy fácil ¿verdad, Miércoles?

—Pikk —respondió ella.

Yo le habría preguntado como se dice ojo, o nieve.

4

Tomábamos café en Rocamar, que ya no existe, o existe con otro nombre y otro tipo de mesas y de gente que no había nacido cuando nosotros íbamos, y un café nos duraba las dos horas en las que íbamos cambiando del inglés al español y un día pasó ante nosotros Miguel Ángel Oeste con su tabla y lo saludé en inglés y me miró confuso, como si yo fuese un noruego que le recordaba a un conocido suyo. Una tarde Merit me contó que le fascinaba London y yo le dije que a mí también, pero ella se refería a la capital británica y yo al escritor Jack London, del que aún no había leído *Colmillo blanco*, pero sí había visto la película 13 años antes, cuando tenía 7 y me enteré, o quisieron que me enterase, porque no terminé de hacerlo, que el cine no es

una mierda pero sí es una mentira. Un niño de mi calle me contó que la sangre de un personaje de la película que moría no era sangre en realidad sino tomate frito, y que el personaje no había muerto en realidad sino que se había hecho el muerto para poder salir en más películas, y yo, dando muestras tempranas de mi singular inteligencia, insistí en que claro que era sangre, y claro que moría, cómo no iba a morir si le clavaban un cuchillo hasta el fondo.

Todavía queda algo de aquello y para mí a Alexandra Jiménez siempre le faltará un ojo, lo cual no es tan grave, aunque cuando vigile a los hijos que tiene en “Requisitos para ser una persona normal” deberá tener cuidado con las zonas muertas, como yo cuando doy vueltas en mi cama, porque sigo dando vueltas, y a veces Miércoles me mira y no sé si quiere prestarme ayuda, solidarizarse o pedirme que me esté quieto de una vez, que no puedo dormir, humano.

Cuando terminaron aquellas vacaciones de 1988 fuimos a un concierto de Danza Invisible en Torremolinos y coreábamos todos juntos a gritos la canción *El fin del verano siempre es triste*, porque nos parecía verdad, y yo no se lo decía a nadie pero no sabía cómo afrontar el siguiente curso de la universidad sabiendo que Merit volvía a su fiordo y, lo peor de todo, sin que yo tuviera una buena excusa para ir a visitarla y tampoco dinero,

aunque en aquella época no tenía problemas en viajar haciendo autostop y tardando lo que tardase, porque el billete de avión costaba un ojo de la cara, aunque esta expresión me deje un regusto sucio al escribirla.

Pero para regusto sucio el que me dejó la llamada de mi hermana el otro día. Hacía tiempo que no me llamaba y pensé que me iba a felicitar mi cumpleaños, pues estoy a punto de cumplir 50, pero me dijo que por fin habían vendido la casa de abuelo. Le dije que no sabía que estuviese en venta y me dijo que claro que lo estaba pero ya no, porque se había vendido. Le dije que me habría encantado comprarla y me preguntó con qué dinero y yo dije que bueno, una parte de la casa me correspondía, con lo cual restaría ese porcentaje y me saldría a un buen precio, y ella me dijo que no me correspondía nada puesto que yo me había quedado con el coche de papá y el apartamento y le dije que el coche estaba viejo y nadie lo había querido y que el apartamento no había llegado a usarlo porque lo habían embargado y me dijo ah, eso es otra cosa, mariposa. Me molestó lo de otra cosa, mariposa, y se lo dije, y me dijo que no llamaba para discutir sino solo para decirme que se había vendido la casa de abuelo, y le pregunté que por qué me lo decía si no iba a corresponderme nada, y me dijo que me lo decía porque el que la había comprado era Pedro, mi amigo, y le

pregunté si Pedro el que vivía cerca de nuestra casa cuando éramos niños, y me respondió que sí, ese, el de la tuerta, y yo le colgué.

5

Hace tres años, cuando estaba a punto de cumplir 47, realicé un viaje con Alexandra Jiménez, que acababa de cumplir 35. Sé que acababa de cumplirlos, y que había nacido en Zaragoza, porque después de alquilar hacía poco una película de Leticia Dolera busqué en internet la ficha técnica e información de los actores y actrices. Fue un viaje corto, de aproximadamente un minuto, en el ascensor del hotel Málaga Palacio. Cometí el error de situarme a su izquierda, la del ojo que perdió en *Anacleto, agente secreto*, y pensé que no podría verme y la miré intensamente pero se dio cuenta mercé a ese sexto sentido por el que algunos pueden ver muertos y otros gente muy viva y se volvió a mirarme con el ojo bueno, como preguntándome qué miraba, pero sonriendo así con media sonrisa, como sonrío yo, que no es que sea una media sonrisa (una sonrisa tuerta) o una sonrisa sarcástica sino simplemente que sonrío así.

—Felicidades —le dije.

—Gracias ¿lo dices por la película?

—No, por tu cumpleaños. Lo sé porque yo también voy a cumplir años. En realidad todos cumplimos años —añadí con torpeza.

—Creo que hemos llegado.

—Sí, adiós. Felicidades también por tu película.

En la terraza del hotel había un acto del Festival de Cine y yo me senté en la mesa que ocupaba mi hermano, que había llegado antes. Me había citado para tomar un café en la terraza del hotel. Yo nunca había quedado para tomar un café en la terraza del hotel y supuse que deseaba contarme algo importante. Le dije que había subido en el ascensor con Alexandra Jiménez y me preguntó si esa era la de *Cabeza de perro* y le dije que no, que él se refería a Adriana Ugarte, pero que Adriana Ugarte no iba en el ascensor pues el ascensor era pequeño, o sea, normal, y me habría dado cuenta si hubiese estado. No sé si captó mi tono de guasa. Me disponía a enumerarle algunas películas de Alexandra Jiménez pero su mano cruzó ante mi cara apartando algo que no había y entendí que pretendía ocuparse del tema por el que me había citado y entonces me callé para dejar que él hablase.

—Da igual. Es que todas las películas españolas parecen la misma, siempre la guerra civil. El cine español es una mierda.

Busqué un momento con la mirada a Alexandra Jiménez, que estaba un par de mesas más allá y se volvía justo en ese momento y me sostuvo la mirada un segundo, poniendo los ojos en blanco. Pensé que creía que era yo quién había dicho que el cine español era una mierda y no supe levantarme y explicarle que ni lo había dicho ni lo pensaba, que cómo lo iba a pensar si cada semana alquilaba una película española y solían gustarme y casi nunca eran de la guerra civil.

—Lo que quería decirte es que van a embargar el apartamento —soltó mi hermano.

—¿El mío?

—Bueno, ya no es tuyo puesto que van a embargarlo.

—¿Por qué?

—Tenía cargas.

—¿Y eso no se sabía? —pregunté.

—Da igual que se supiera o no ¿no? El caso es que van a embargarlo. Por lo menos a ti no te va a costar nada.

—Me va a costar el apartamento.

—Hazte a la idea de que no lo tenías y así no te dolerá no tenerlo.

—Entonces... —dudé, carraspeé— ¿habrá otro reparto?

—Déjate de repartos. Mejor no remover nada. Podría ser peor, hay gente que hereda deudas. Tú además tienes el coche de papá.

En el ascensor bajé con mi hermano pero yo quería bajar con Alexandra Jiménez y aclarar el malentendido y como mi hermano no decía nada me imaginé visitando a Alexandra Jiménez pero no sabía si visitarla en Zaragoza, donde leí que había nacido, o en Madrid, donde no sé por qué creí que vivía. Ya en la calle mi hermano me preguntó que dónde había aparcado y le dije que el coche estaba en el taller y había venido en autobús y me dijo bueno, adiós.

6

Merit ha cambiado pero es la misma, como yo. Tiene el pelo largo pero no tanto como antes. Su ojo izquierdo sigue teniendo reflejos cuando la luz le da de cierta manera y aunque se nota que han pasado los años sigue guapísima. Su español es buenísimo, pero conserva un poco la musicalidad noruega y yo la besaría. Me ha dado un abrazo al verme y me ha preparado un café con leche en una taza muy grande, que es como a mí me gusta el café, con mucha más leche que café, pero yo no se lo he pedido así, a lo mejor se acuerda de cuan-

do tomábamos café y pasábamos del inglés al español y yo calculaba las posibilidades de que dejase a Pedro y me pidiera salir con ella, pero nunca dejó a Pedro y yo sí lo fui dejando, porque un día me contó que Merit se depilaba el pubis, tío, aunque en realidad él dijo coño, y yo me enfadé porque me lo contase, y también un poco porque lo tuviese depilado, y me enfadé por haberme enfadado y le dije que preferiría no saberlo y él me preguntó el qué y si ni siquiera sabía eso es que era mejor dejarlo, y fui dejándolo, y poco a poco no fui yendo con él a la playa aunque fuese entre semana y llegó un momento en que hacía varios años que no nos veíamos y como Merit y él se fueron a vivir juntos pero sin casarse no tuvieron que invitarme a la boda ni yo tuve que no ir, porque seguía enamorado de ella, como sigo ahora, casi treinta años después.

Creo que no soy una mala persona y no sólo porque tenga la casa llena de los lápices que le compro al ruso sino porque intento no hacer daño a los demás y soy socio de varias oenegés desde las que algunas veces me llaman por si puedo subir un poco mi cuota de socio y yo digo bueno, de acuerdo. Pero estar ahora aquí, mojando galletas de jengibre en un tazón gigante de café con leche sonriendo a Merit con la media sonrisa con la que sonrío, no sé si considerarlo un valiente acto de amor o una malvada venganza. Porque hoy cumplo

50 años y sé que Pedro le dirá a Merit que llegó tarde porque estuvo conmigo celebrando mi 50 cumpleaños pero no puede ser porque yo estaba aquí, con ella, en la casa de mi abuelo que es ahora su casa.

7

La casa de mi abuelo no está lejos de la mía, y el otro día me encontré en el supermercado con Pedro, que me dio un abrazo y me dijo pero tío, ¿sabes que estoy viviendo en casa de tu abuelo? Le dije que me lo había dicho mi hermana y le pregunté por Merit y me dijo bueno, ya sabes, pero yo no sabía. El hombre no es un animal monógamo, me dijo, y me guiñó el ojo izquierdo, quedando tuerto durante dos segundos. Sobrevivo a la vida familiar con historias por aquí y por allá, ya sabes, pero yo seguía sin saber, aunque iba entendiendo el tono de su discurso y pensé pobre Merit, que ahora está sentada a un metro de mí y de pobre nada, con sus bellos ojos y su simpatía. Me dijo que Merit se hacía vieja y yo le dije que nosotros todavía más, que yo mismo iba a cumplir 50 en dos días y él dijo coño. Lo miré con los ojos muy abiertos y me explicó que iba a ir a mi fiesta de cumpleaños y que yo había insistido en que sólo fueran hombres. Yo ya entendía y le dije cómo

y me dijo nada, tío, que me voy a dar un homenaje en tu honor. Una de treinta y pocos con unas tetas así, pero como Merit trabaja desde casa me es complicado quedar con la de treinta y pocos, la de las tetas así, y me dio otro abrazo y me dijo que pasaría la noche con ella diciendo que estaba conmigo por mi cumpleaños, y el día de mi cumpleaños, hoy, he venido a ver a Merit.

Cuando se ha terminado el café he dicho bueno y me he levantado. En ese momento ha sonado el timbrazo de recepción de un mensaje en su móvil y lo ha leído con cara de extrañeza. Seguramente es Pedro diciéndole que está conmigo, pero yo estoy aquí, con ella. Después, ya en la puerta de la calle, ella me ha dicho que yo siempre fui diferente a los otros y me han entrado ganas de llorar, pero no he llorado. Pero tú elegiste a Pedro, le he dicho, y ella ha dicho ya. Le he apuntado en una hoja mi número de móvil y le he dicho que me llame si le apetece y le preparo yo un café o damos un paseo por el monte que hay cerca de nuestras casas a dar un paseo con Miércoles, mi perro, y ha sonreído y ha dicho vale, pero estaba seria y ha cerrado pronto, aunque ha dicho que sí, que me llamará y yo le he insistido en que lo haga.

De vuelta a mi casa me he imaginado paseando por Oslo con la Merit de 50 años y también paseando con ella por las calles de Málaga y por el monte que hay

cerca de nuestras casas con Miércoles, mi perro, y he empezado a desear que me llame. Antes de subir a mi casa he entrado en el videoclub y he preguntado si tenían la película *Superlópez*. ¿La de Dani Rovira?, me ha preguntado el hombre del pelo largo. Sí, con Alexandra Jiménez, he respondido. En ese momento ha entrado en el videoclub el hombre alto que dijo que el cine español es una mierda y he pensado que constituía un mal presagio, sin embargo no me ha desanimado y confío en que Merit, mi Merit del alma, me llame para dar un paseo o para tomar un café en el idioma que ella elija. Yo nunca voy a apagar el móvil hasta que suene el timbrazo de un mensaje y sea ella diciendo hola, soy Merit, preguntándome si me apetece que nos veamos. Y claro que me apetece y la llamaré de inmediato.



*Este ejemplar se terminó de imprimir en la ciudad de Málaga,
bajo la inspiración de **Clio**, musa de la historia. Al cuidado
de esta edición las Librerías Proteo y Prometeo.*

Málaga, 2020

Pablo Aranda Ruiz

Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Málaga. Trabajó como profesor en la Universidad de Orán (Argelia, curso 1991/92). A su regreso trabajó dos años como monitor de enfermos mentales en una casa asistida y como educador de menores que estaban cumpliendo una medida judicial. Columnista desde 2003 en *Diario Sur*, donde dirige el Aula de Cultura. Colaborador de *El Viajero* (suplemento de *El País*) donde ha publicado más de 30 crónicas de viajes. Dirige las actividades de la Fundación Manuel Alcántara. Ha publicado las novelas *La otra ciudad* (Espasa, 2003, finalista Premio Primavera), *Desprendimiento de rutina* (Arguval, 2003, Premio Sur de Novela Corta), *El orden improbable* (Espasa, 2004), *Ucrania* (Destino, 2006, Premio Málaga de Novela), *Los soldados* (El aleph, 2013), *El protegido* (Malpaso, 2015), la micronovela *Borrasca en los Ozores* (Mitad Doble, 2018) y *La distancia* (Malpaso, 2018). Y los libros infantiles *Fede quiere ser pirata* (Anaya, 2012, Premio Málaga de Literatura Infantil), *El colegio más raro del mundo* (Anaya, 2014), *De viaje por el mundo* (Anaya, 2017), *Casas del mundo* (Anaya, 2018) y *Las gafas azules* (Anaya, 2020).

